

Manuel Fernández Blanco

“Atribuir la violencia de género sólo al machismo es insuficiente”

Ex presidente de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de España y docente del Instituto del Campo Freudiano, este psicólogo clínico y psicoanalista español examina las cifras de la violencia de género e identifica la dependencia emocional que en hombres y mujeres genera un drama que califica como “epidemia social” / **TERESA DE VINCENZO** | FOTOGRAFÍA **RICARDO GÓMEZ PÉREZ**

LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER no conoce fronteras. Sean físicas, psicológicas o sexuales, las agresiones a manos de sus parejas o ex parejas tiñen de rojo el mapamundi: según la Organización Mundial de la Salud (OMS), por cada millón de mujeres en Suecia son asesinadas cinco, en Finlandia ocho y en Dinamarca seis. En Alemania, 300 mueren cada año víctimas del maltrato. En Australia 31% de las mujeres confiesa haber experimentado violencia alguna vez en su vida.

De este lado del mundo la situación no es más alentadora: según la Organización Panamericana de la Salud (OPS), en Costa Rica el 61% de las mujeres asesinadas en 2002 corresponde a lo que

se conoce como *feminicidio* (muerte por violencia de género), y en Uruguay cada nueve días muere una mujer por la misma razón.

Manuel Fernández Blanco, psicólogo, docente y miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de España, conoce el tema de cerca y tiene a la mano las estadísticas de su país: 75 mujeres fueron asesinadas por sus parejas en 2008. Ese mismo año hubo en España un promedio de 400 denuncias diarias por malos tratos y se concedieron 15 mil órdenes de protección. Su explicación desde la perspectiva psicoanalítica ayuda a comprender el alcance psicológico y social de este drama.

“La demanda de amor fallida en la mujer la lleva a interpretar los malos tratos o los celos como signos pasionales o de interés... o la lleva a perdonarlo todo”



Golpe a golpe

“El maltrato normalmente guarda relación con las experiencias y los lazos de amor más primarios de la mujer: ella insiste en una demanda de afecto que siempre es fallida”.

A pesar de los programas de prevención y de las medidas judiciales, la violencia contra la mujer no cesa. En un reciente artículo de prensa usted se preguntó: ‘¿por qué las siguen matando?’...

La violencia de género, cuya consecuencia más dramática es el asesinato de mujeres a manos de sus parejas o ex parejas, constituye un síntoma de la civilización. Estudios internacionales, particularmente en Europa, refieren que los países donde se produce el mayor índice de *feminicidios* son los nórdicos, y llama la atención que sean justamente naciones donde las políticas de igualdad están más desarrolladas. Atribuir esta violencia exclusivamente al machismo en los hombres es insuficiente. Creo que tiene que ver más con una infantilización creciente de la sociedad y en particular del varón. Se ve en la manera de sostener la función paterna (por ejemplo, muchos padres

aceptan que no saben cómo relacionarse con sus hijos) y en la confluencia en las formas de vestir y divertirse. Esto va en contra de las diferencias necesarias.

¿Es entonces problemática una “sociedad de iguales”?

Esto conviene matizarlo, porque podría ser malentendido. Somos iguales en cuanto a ciudadanos, pero el concepto de igualdad en el sentido profundo es problemático, porque hombres y mujeres no quieren ni desean de la misma manera, no se posicionan en el amor de igual modo y no es lo mismo ser padre que madre. Si tomamos en cuenta todos estos factores, la igualdad, estructuralmente, es imposible. Hay que decir que la diferencia fundamental es la diferencia sexual.

¿Cómo incide la infantilización de la sociedad a la que usted alude en las relaciones de pareja y en el problema del maltrato?

Se produce una asimetría entre el varón y la mujer. El sociólogo francés Alain Touraine ha dicho que la mujer ha ganado independencia y ha conseguido separar, de mejor



“Es más fácil que una mujer salga del vínculo con el maltratador, que un hombre violento deje de serlo”

manera que el hombre, placer y responsabilidad. Incluso, cada vez más utiliza la sexualidad como un mecanismo de construcción personal. Esto tal vez explique por qué la mayor parte de las demandas de divorcio son introducidas por mujeres, quienes lo hacen pensando no sólo en dejar de sufrir, sino en poder vivir una vida diferente. Yo considero que esto es mal tolerado por muchos hombres que están en una relación de dependencia con esas mujeres.

Entonces, ¿las matan porque no aceptan la pérdida?

El asesinato podría explicar, en muchos casos, lo intolerable de la pérdida y la imposibilidad absoluta de aceptar que esa mujer no se ocupe de ellos. Claro, algunas veces son hombres machistas y funcionan bajo la lógica “la maté porque era mía”, pero tan cierta como ésa sería para muchos esta otra frase: “la maté porque no puedo vivir sin ella”, en el sentido más literal. Además, en 30% de los casos, aproximadamente, al asesinato le sigue el suicidio o el intento de suicidio del agresor: una vez que han asesinado a su mujer ya no pueden sostenerse en la vida. A estos hombres-niños el abandono les resulta insoportable. Eso explicaría también el relativo fracaso de las medidas de protección: una prohibición no detiene a un hombre que incluso está dispuesto a matarse.

¿Cuáles son los efectos de esa infantilización en las mujeres?

Son realidades y problemáticas combinadas. Si del lado del hombre tenemos una dependencia infantil, del lado de la mujer está la demanda de amor insatisfecha que la condena a la repetición de la agresión. Jueces, psicólogos y policías se preguntan por qué muchas mujeres que han conseguido una orden de alejamiento son las primeras en no respetarla e insisten en volver con su maltratador. Eso es muy frecuente. Por ejemplo, hace poco se le presentó un dilema a una jueza en España: una mujer le pidió permiso para casarse con un hombre que estaba encarcelado por pegarle. La jueza denegó la petición y ella consideró ese acto como una restricción de sus derechos.

¿Por qué una mujer que ha sido maltratada vuelve con su maltratador?

No sólo vuelve, sino que pide que su maltratador sea perdonado y retira las denuncias. Esto ha dado lugar a una

interpretación que es totalmente inexacta: el pretendido masoquismo de esas mujeres. Eso no es cierto. Es un fenómeno más complejo: en ella está en juego una demanda de amor permanentemente decepcionada, y esperando que la próxima vez sea diferente se encuentra siempre con lo mismo, con el maltrato. Incluso, esa demanda de amor fallida la lleva a interpretar los malos tratos o los celos como signos pasionales o de interés... o la lleva a perdonarlo todo. A veces, el límite es, desgraciadamente, su propia muerte.

Poder sanar

“Las respuestas universales no toman en cuenta al sujeto que hay detrás de cada maltratada o de cada maltratador. Por eso han resultado inoperantes”.

¿Cuál es la solución a la violencia de género?

La salida no vendrá del establecimiento de programas universales de reafirmación personal. Esos protocolos de atención general no contemplan que detrás de cada caso de maltrato hay una historia personal única. Y sin considerar ese punto particular es imposible salir de la repetición.

¿Cómo aborda el psicoanálisis el tema?

El psicoanálisis es el único tratamiento que se ocupa de la causa. La mayoría de las terapias hacen un abordaje directo del síntoma e intentan su corrección, porque lo contemplan como una disfunción. Para el psicoanálisis el síntoma es una forma de funcionamiento que a veces lleva al sufrimiento, puede ser patológica y condena a repetir cosas desagradables. Creo que el único modo de abordar esa repetición no es con un ejercicio de voluntad, con un consejo o intentando rectificar una conducta desde el exterior, sino con el análisis. Es necesario desmontar esa maquinaria de la repetición.

¿En qué momento víctima o victimario pueden reconocer que están frente a un problema que requiere ayuda?

Creo que si son capaces de percibir que hay algo en sus vidas que los lleva a situaciones profundamente insatisfactorias, pero que parecen no poder evitar, o de las que les resulta difícil salir independientemente del sufrimiento que les comporte, deberían intentar ver a un psicoanalista. Hay que tomar en cuenta que la cárcel más importante no

HOJA DE VIDA

Manuel Fernández Blanco es gallego y pronto cumplirá 50 años. Vive en La Coruña, está casado y tiene dos hijos varones de 20 y 17 años. En sus ratos libres le gusta disfrutar en su casa de campo, cocinar y pasear en moto por caminos rurales. En vacaciones viaja con su familia a los países mediterráneos vinculados con la cultura clásica para reencontrarse con “la luz y la historia”.

Fernández Blanco es psicoanalista y ha sido presidente de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de España y de la Fundación para la Clínica Psicoanalítica de Orientación Lacaniana (destinada a la creación y sostenimiento de centros psicoanalíticos de consulta y tratamiento gratuitos en España), de la que hoy es vicepresidente.

Psicólogo especialista en psicología clínica, fue secretario del buró de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, dirige la Clínica del Campo Freudiano en La Coruña y es docente del Instituto del Campo Freudiano. Adjunto del Servicio de Psiquiatría del Complejo Hospitalario Universitario de La Coruña y autor de numerosas publicaciones en el ámbito del psicoanálisis y de la salud mental, colabora habitualmente en el diario *La Voz de Galicia*, con su columna de opinión “Los síntomas de la civilización”.



tiene barrotes: es la cárcel subjetiva. Hombres y mujeres que viven el maltrato se dicen a sí mismos: “yo sé que esto no debería consentirlo, esto está mal, debería pensar en otra vida”. Pero están allí porque los retiene algo que escapa a su conciencia: la repetición de una escena anterior, de un vínculo anterior.

¿Están “condenados” a repetir el patrón los hijos que presencian la violencia de género en casa?

Que un hijo o una hija contemplen las agresiones siempre tiene consecuencias graves sobre su subjetividad y produce un efecto traumático en general. Contrario a lo que podríamos pensar desde el sentido común (que lo traumático se intenta evitar), hemos comprobado que justo el trauma llama a la repetición. Por esa razón es más probable que el hijo de un padre maltratador también sea violento. Del lado de la mujer, si es una chica la que observa la escena, hay más riesgo de que termine estableciendo relaciones con maltratadores inconscientemente.

A juzgar por sus resultados en consulta, ¿se puede salir del círculo de violencia?

Es más fácil que una mujer salga del vínculo con el maltratador, que un hombre violento deje de serlo. Lo digo por la experiencia clínica. Hay algo en la violencia masculina a lo que es más difícil renunciar: la sexualidad. No es infrecuente que detrás de la paliza venga el acto sexual como la realización de una fantasía de dominio. Es más difícil para el hombre ceder a ese goce que para la mujer ceder al deseo de ser amada. Ahora, si un hombre violento realmente hace síntoma, y empieza a sufrir las consecuencias de sus propios autorreproches, puede lograrlo. Tendría que decirse: “me odio por golpearla, me siento culpable y quiero dejar de hacerlo y no lo logro”. Desde esa posición se puede iniciar el tratamiento de un hombre maltratador.

Pareciera que las estadísticas dificultan ser optimista frente al problema...

No soy demasiado optimista porque la evolución de la violencia no permite serlo. Eso no implica tirar la toalla ni mucho menos: hay que intentar darle respuestas adecuadas a esta epidemia social. Allí está nuestra responsabilidad como psicoanalistas ciudadanos. Tenemos el deber de decir lo que el saber del psicoanálisis ofrece sobre este fenómeno. ●